

# DE PROFESIÓN POBRE



Nuestro protagonista no es un mendigo, no pide limosna y es feliz, ¿Sabéis por qué?... , pues porque no posee nada y no tiene nada que perder, tampoco necesita nada porque duerme en los albergues benéficos y se alimenta en los comedores sociales y sus únicas pertenencias son una mochilla, la ropa que viste y otra de repuesto que guarda en ella.

En resumen es pobre de solemnidad, tan pobre que por no tener no tiene ni nombre, bueno tener si tiene pero hace tanto tiempo que no lo usa que para recordarlo tiene que mirar el vetusto carné de identidad.

Un buen día hace mucho tiempo un camarada le llamó Compi y desde entonces ese ha sido su apelativo, pero a pesar de todo ello y de que su edad ya empieza por el número cinco es la inocencia personificada.

En invierno siempre encuentra un alma caritativa que le regala alguna ropa de abrigo que sobra en el armario. Su aspecto es muy aseado y solo su ropa, vieja pero limpia delata que se trata de un desheredado de la fortuna.

Suele pasear por las calles de la urbanizaciones y en las casas con jardín ofrece sus servicios para cualquier trabajo por el que recibe una recompensa siempre en metálico que entrega íntegramente unas veces en el albergue y otras en el comedor pero el no se queda nunca con nada ya que no posee otro vicio que el de vivir.

Un día mientras paseaba por la periferia de la ciudad se paró y observó un peculiar edificio, bueno por lo menos así se lo pareció a él porque se trataba de un Banco con una fachada moderna y dos cajeros automáticos junto a la puerta y eso era algo que aunque los había visto alguna vez de lejos los desconocía por completo.

Espero un buen rato viendo como algunos transeúntes se paraban frente a los cajeros y manipulaban en ellos, pero no conseguía ver que es lo que hacían hasta que uno de ellos se colocó de lado mientras dialogaba con su acompañante y comprobó que tras tocar algunas teclas salieron unos billetes por una ranura.

Nuestro hombre nunca ha estado en un banco y no sabe lo que es una cuentacorrente,

ni una tarjeta de crédito ni como funciona todo lo relacionado con el sistema, pero lo de que la gente pueda obtener dinero de una ranura por el simple hecho de tocar unas teclas le ha dejado intrigado.

No es que fuese la primera vez que veía un cajero pero nunca le había llamado la atención pensó que se trataba del televisor puesto en el escaparate para emitir la propaganda propia.

Por la noche en el albergue Compi comentó lo que había visto con un compañero algo más joven que él que si conocía como funcionaba.

- Pero no basta con tocar las teclas sin ton ni son, dijo el interlocutor, antes tienes que meter la tarjeta de crédito y la pantalla te va diciendo lo que tienes que hacer.

- Y... ¿Dónde se consiguen esas tarjetas?, preguntó nuestro amigo.

- Pues en el banco, donde va a ser.

No hubo más conversación sobre el tema pero en aquel momento le vinieron a la memoria unas palabras de la directora del albergue que había pronunciado días antes en el sentido de que con un poco de dinero se podrían alojar unas cuantas personas más ya que algunas habitaciones permiten instalar potra cama.

A la mañana siguiente se cambió de ropa y sin pensárselo dos veces se encaminó al banco donde el día anterior había contemplado la escena.

Al llegar ante la puerta Compi entró y se dirigió al primer empleado que vio libre.

El empleado no se inmutó por su aspecto ya que el banco estaba situado en un barrio muy extravagante con muchos nuevos ricos que vestían de modo caprichoso pero que estaban forrados de dinero.

- En que puedo servirle, le preguntó cortésmente.

- Quería una tarjeta de crédito para sacar dinero de ese trasto de ahí afuera, dijo Compi con toda naturalidad.

- Muy bien, ¿Es usted cliente nuestro?, le preguntó el empleado

- No..., no señor, respondió sin el menor asombro.

- Bueno en este caso tiene que decirme el nombre del banco y el número de la cuenta en que quiere domiciliar la tarjeta.

- El caso es que yo no tengo ninguna cuenta en ningún banco.

- En ese caso usted abre una cuenta en nuestro banco y problema resuelto.

- Vale, pues abra la cuenta, contestó nuestro Compi.

El empleado cogió unos cuantos impresos y le preguntó.

- ¿Con qué importe quiere abrir la cuenta?

Al ver la expresión de extrañeza del rostro del cliente el empleado reaccionó.

- ¿Qué cuantos Euros piensa ingresar en la cuenta que quiere abrir?

- Ninguno, yo no tengo ni un céntimo..., por eso quiero la tarjeta para sacar dinero de la ranura de ese televisor que hay en la puerta y dárselo a la directora del albergue para que pueda comprar unas cuantas camas.

- Un momento por favor, dijo el empleado mientras se levantaba y desaparecía tras la puerta de un despacho.

Unos instantes después salió por la misma puerta un caballero elegantemente vestido con traje gris camisa blanca y corbata, era el director del banco que tras escuchar a su empleado se dio cuenta de la situación, se acercó a la mesa donde estaba sentado Compi y le hizo un gesto al pobre para que le siguiera, encaminándose a la puerta de salida.

Ya en la calle frente al cajero dijo.

- Mire buen hombre yo tengo bastante dinero y como tengo miedo de que me lo roben se lo he dado a guardar al banco y ellos para evitarme las molestias de esperar en la cola me han dado una tarjeta de crédito para que yo pueda recuperarlo cuando quiera y donde quiera que haya uno de estos chismes, que por cierto no son televisores se llaman cajeros automáticos, que solo sirven para devolverme **mi dinero.**

El énfasis con que aquel hombre pronunció la última frase hizo comprender a Compi

que aquel dichoso aparato jamás le daría un solo Euro porque para ello tenía que ingresarlo primero y como no lo tenía no se lo podía devolver.

El director se dio media vuelta y entró en el banco mientras nuestro hombre se quedó en la acera algo decepcionado por el fracaso de su gestión.

Todavía no se había repuesto del desengaño cuando un coche deportivo muy lujoso se detuvo al borde de la acera y un chofer con uniforme descendió de el y apresuradamente corrió hacia la puerta trasera para abrirla.

Un caballero impecablemente vestido con un traje gris marengo y un abrigo de piel de camello bajó del automóvil y se detuvo un momento en la acera mientras el chofer se adelantó para abrir la puerta del banco.

El caballero extrajo una pitillera del bolsillo del abrigo cogió un pequeño habano y lo puso en la boca, después la guardó y sacó un mechero con el que se dispuso a encender el habano mientras caminaba hacia la puerta del banco.

En ese instante Compi se dio cuenta de que al sacar el mechero al caballero se le había caído algo en la cera y sin perder un segundo lo cogió y volvió sobre sus pasos llamando la atención del caballero.

- ¡Señor..., señor!, que se le ha caído la cartera.

El caballero antes de coger el billetero examinó a Compi de arriba abajo dándose cuenta de que se trataba de una persona con escasísimos recursos y le preguntó.

- ¿Usted es...?

- Pobre, contestó Compi sin dejarle terminar la pregunta.

- Bueno en realidad no me refería a eso, que por otra parte salta a la vista, le preguntaba por su profesión.

- Pobre, volvió a responder, mi profesión es la de pobre.

El caballero se quedó pensativo durante un momento y preguntó.

- ¿Ha mirado usted dentro de la cartera?

- No señor, respondió Compi.

- Pues cuando se encuentra algo hay que mirar lo que hay dentro.

- Hay carnés documentos y dinero, respondió Compi después de abrir la cartera y husmear en su interior y volverla a cerrar.

- ¿Y qué se hace en estos casos?, le espetó el caballero.

- Pues volverla a cerrar y devolvérsela a su dueño.

- ¡Pues no señor!..., lo que se hace es mirar si no le ha visto nadie y en ese caso se guarda la cartera, se marcha en busca de un buzón de correos, se queda uno con el dinero y la cartera y los documentos se depositan en el buzón.

- Pero eso es una mala acción, contestó Compi sorprendido por la reacción del caballero.

- No se puede considerar una mala acción cuando alguien se queda con algo que necesita aunque pertenezca a otro si a este le sobra, yo creo que incluso se trata de una buena acción, claro siempre que se le de un buen uso.

- Creo amigo que le queda mucho que aprender de la vida, continuó diciendo el caballero, pero le voy a dar una segunda oportunidad, volveré al principio y dejaré caer la cartera en el mismo sitio.

- Usted espera a que yo entre en el banco y como no hay nadie a la vista no sabe de quien es y ya sabe lo que tiene que hacer.

El caballero hizo lo que había dicho y entró en el banco después de dejar caer la cartera de nuevo.

Media hora más tarde salió de nuevo y cuando se dirigía a su coche allí estaba Compi esperándole con el brazo extendido y la cartera en la mano.

- Disculpe señor pero es que se le ha vuelto a caer la cartera.

- Pero hombre de dios, casi gritó el caballero, es que no ha entendido nada de lo que le he dicho.

- Lo entendí perfectamente señor, contestó Compi, pero es que al abrir la cartera he visto su foto en el DNI y supe que era suya y ya no pude seguir, es mi forma de ser.



El caballero sometió a Compi al tercer grado haciéndole un montón de preguntas con la intención de comprobar su grado de formación mental, dándose cuenta de que de ninguna forma se trataba de un retrasado, más bien su nivel era medio-alto.

- Bueno visto lo oído veamos si soy capaz de explicarme con más claridad para que se haga cargo de la situación.

- Yo soy banquero, tengo un montón de acciones del banco que tengo a mis espaldas, soy miembro del consejo de administración y gano tanto dinero en un mes como el que usted podría gastar en algunos años.

- Pero como buen profesional de la banca soy tacaño y usurero, jamás he dado dinero a nadie ni siquiera como limosna y si dejo un Euro a alguien es para que me lo devuelva con diez céntimos de interés como mínimo.

- En resumidas cuentas que a pesar de su buena acción no espere ni por asomo recibir ninguna gratificación por mi parte como recompensa honradez, en cambio si usted se queda con el dinero de mi cartera y me devuelve la documentación yo no pierdo absolutamente nada porque el seguro del banco me lo devolverá.

- Pero es que conociendo al propietario yo no puedo hacer eso, contestó Compi, compréndalo va en contra de mis principios.

- Bueno... ¿Y quien le ha dicho que la cartera es mía?, respondió el caballero, podría habérmela encontrado yo antes.

- Es una posibilidad, apuntó Compi, pero es que dentro hay tres documentos con su fotografía y eso sería muy raro si la cartera no fuera suya.
- Está bien es usted muy listo pero muy terco, no obstante le voy a dar la última oportunidad y por favor después de esto no quiero volverlo a ver ni en pintura porque me saca usted de mis casillas y le aseguro que eso es bastante difícil dada mi profesión.

Y dicho esto retiro de la cartera los tres documentos en que aparecía su fotografía y la dejó caer nuevamente entrando rápidamente en el coche y se alejó sin darle tiempo a nuestro hombre a ninguna reacción.

Tres días más tarde el caballero volvió al banco donde estuvo reunido con el director y al terminar se fue a almorzar con él.

Al salir a la calle acompañado del director se dio de bruces con Compi que nuevamente con el brazo extendido y la cartera en la mano le comentó.

- Perdona mi atrevimiento señor pero es usted muy despistado, es la tercera vez que pierde su cartera, por suerte en todas las ocasiones la he encontrado yo de otra forma igual se hubiera quedado sin ella... Tenga más cuidado.

A punto de estallar de los nervios el caballero reacciona con una evasiva metiendo la mano en el bolsillo y sacando otra cartera dijo.

- Esa cartera no me pertenece, la mía es esta, dijo enseñando un nuevo monedero.
- Si es suya porque en su interior hay varios documentos con su nombre.

- Pero usted no sabe quien soy yo ni como me llamo.

- Ciertamente pero se lo he preguntado a su chofer y coincide con el de la cartera.

El caballero no supo ya como reaccionar y cogiendo la cartera la metió en el bolsillo y se encaminó hacia el coche apresuradamente.

De pronto se detuvo antes de entrar de entrar, volvió sobre sus pasos y preguntó.

- ¿Es que usted no ambiciona nada?

- ¿Para qué?, contestó Compi, soy mi propio dueño, no tengo cadenas que me aten a nada y por tanto poseo la libertad, dones que muy pocos consiguen ya que no se pueden comprar con dinero y al parecer eso es lo que quiere todo el mundo el dinero, aunque ello les convierta en esclavos de su propio destino.

Esta respuesta dejó atónito al caballero que quiso responder pero no encontró palabras para expresarse y sin más se metió en el coche y se alejó.

Una vez en el interior su acompañante le preguntó que de que conocía a aquel hombre que le había puesto con los nervios tan alterados hasta tal punto que al entrar en el coche casi le da con la puerta en las narices.

En esos momentos el caballero no respondió a la pregunta en realidad era él el que se preguntaba el por qué del comportamiento de aquel hombre que a pesar de su necesidad rechazaba quedarse con un dinero con total impunidad, solo por el simple hecho que a él le parecía que se trataba de una forma digamos ilegal.

Pasados unos momentos reaccionó y se volvió hacia su acompañante.

- Le conocí hace tres días cuando accidentalmente se cayó al suelo mi cartera, él la recogió y me la devolvió al instante.

- Cosa rara porque a simple vista parece muy pobre, dijo el acompañante.

- Es que es un pobre...

- Bueno eso se adivina a simple vista, le corto sin dejarle terminar la frase.

- Si pero este es un pobre profesional, terminó el caballero.

- Entonces no entiendo porque no se ha quedado con la cartera cogiendo el dinero y devolviendo por correo la documentación.

- Eso es precisamente lo que hubiese hecho cualquiera y lo que yo en tres veces le di la ocasión de hacer, pero siempre encontró un motivo para devolvérmela sin tocar un centavo y eso que llevaba casi mil Euros en metálico.

- Creo sinceramente, continuó el caballero, que si en la profesión de pobre hubiese categorías como en otras profesiones este seria ingeniero superior y estoy seguro que hubiese llegado a donde hubiese querido pero la lealtad y la honradez son incompatibles con cualquier categoría profesional de alguien que quiera triunfar en la vida.

-¿Entonces...? Pregunto el acompañante.

- Entonces este hombre no tuvo otra alternativa que elegir la profesión de pobre y la desarrolla con tal dedicación que es incapaz de realizar una chapuza aunque se la pagues a mejor precio que la perfección en el trabajo.

Para Compi esta definición es una verdad como un templo pero la realidad es que el fue muy feliz y no comió perdices porque esas exquisiteces no formaban parte del menú de los comedores sociales.